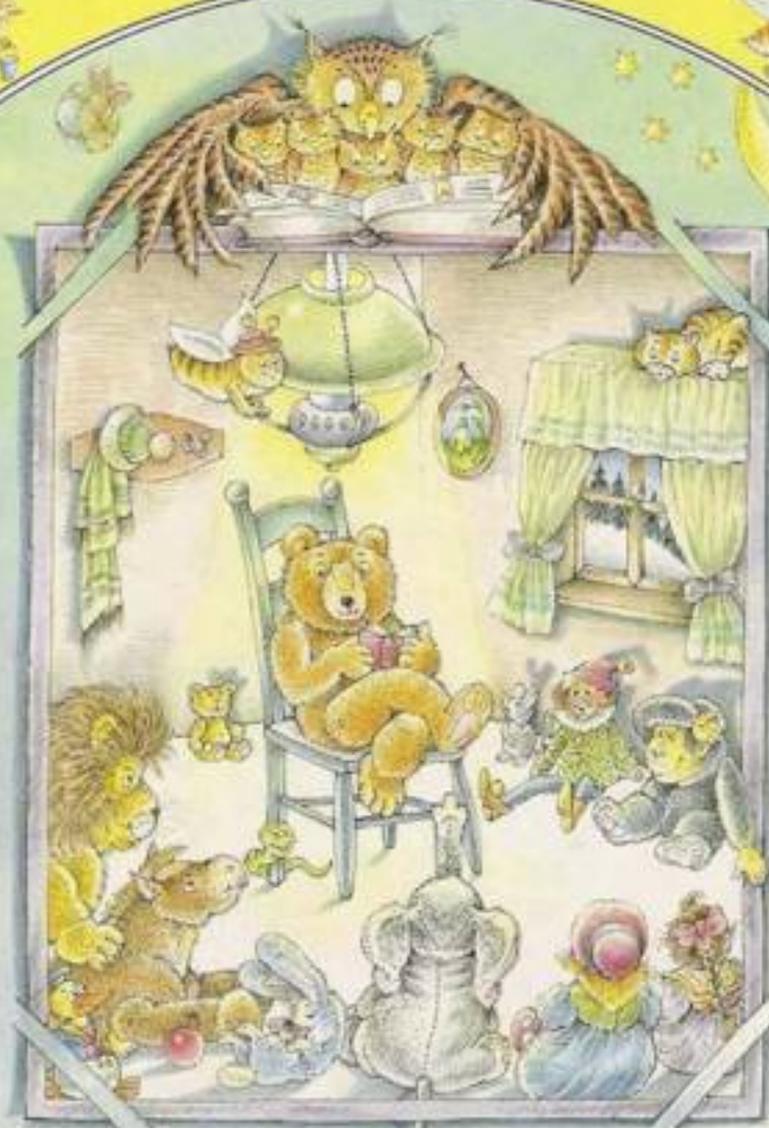
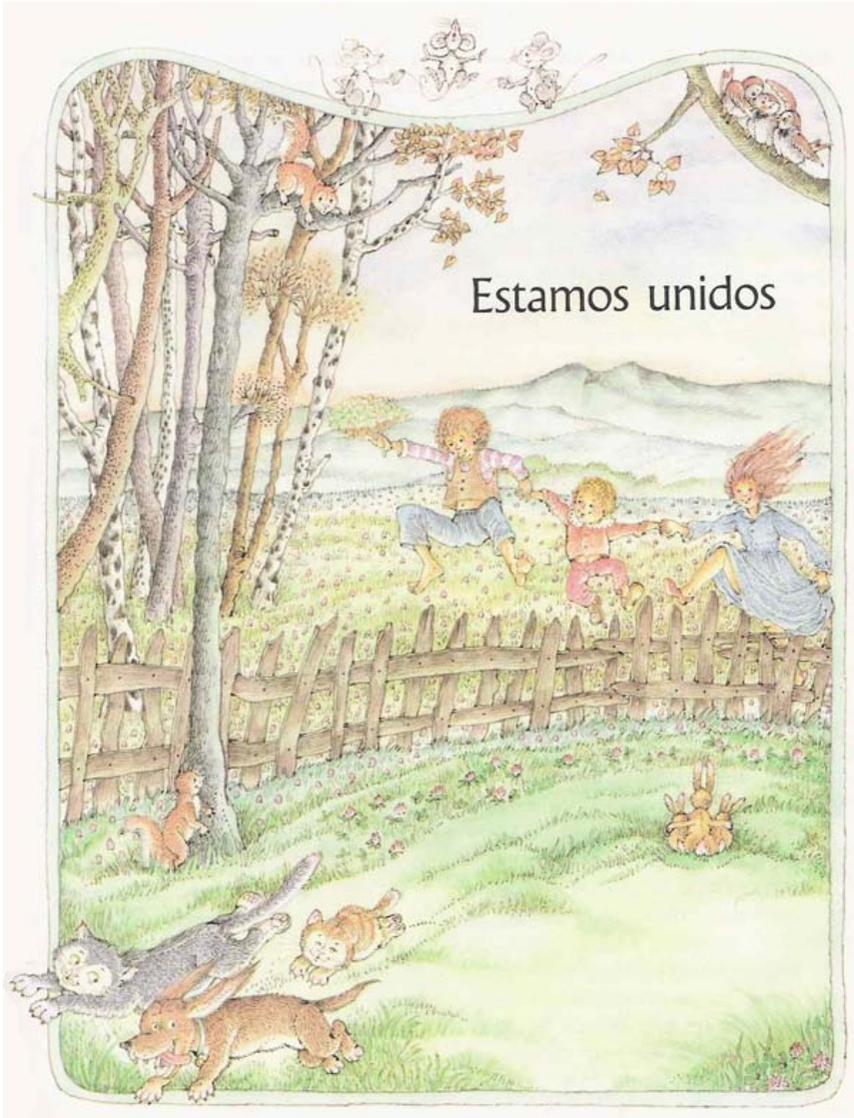


EL LIBRO DE LOS CUENTOS DE HOY



Contiene una infinidad de cuentos divididos en siete temas: Estamos unidos, En camino y en casa, Cuentos para dormir, Cuentos de miedo, Animales y personas, Tiempos festivos y Qué bobada.







Irina Korschunow

Me encuentro a gusto en la nueva escuela

Me llamo Gonzalo. Desde hace dos semanas vivo en Hamburgo. Antes vivía en Hannover. Allí comencé a ir a la escuela. En clase tenía muchos amigos, con los que jugaba al fútbol por las tardes. Nuestro maestro era amable. Tenía una guitarra y todos los días tocaba y cantaba con nosotros.

Entonces vino la mudanza. Para mi madre y para mí fue muy desagradable. Pero mi padre había encontrado un nuevo trabajo en Hamburgo, y por ello tuvimos que marcharnos de Hannover. Hace un par de días he asistido por primera vez a la escuela en Hamburgo. Me sentía mal de puro miedo. Yo sabía cómo es cuando llega un novato... Todos en la clase se conocen, solo el nuevo no conoce a nadie. Todos le observan. Uno cualquiera empieza a reír y

los demás le siguen. A Gerardo Altman le pasó lo mismo cuando fue por primera vez a nuestra clase en Hannover. Aún le veo, todo colorado y sin saber qué hacer. Y luego nadie se ocupaba de él.

Pensaba en todo esto, cuando mi madre me llevó a la nueva escuela. De buena gana me habría escapado. Pero mi madre me arrastró al despacho del director.

—Bien, bien, Gonzalo —dijo el director—, espero que te encuentres a gusto entre nosotros. Éste es el Sr. Hamm, tu profesor. Él te llevará a clase.

Y así me encontré en la nueva clase.

—Éste es Gonzalo Lutting —dijo el señor Hamm.

—Lutting, Pudding —dijo una niña, reprimiendo la risa.

—Procede de Hannover —continuó el señor Hamm.

—Yo también he vivido en Hannover —saltó un muchacho, con la cara llena de pecas, como el portero de nuestro equipo de Hannover.

—Bueno, siéntate por ahí, donde puedas —dijo el Sr. Hamm.

Yo no sabía dónde hacerlo. Me sentía paralizado.

—Aquí hay un sitio libre, siéntate con nosotros —dijo el chico de las pecas.

—Bien —dijo el señor Hamm—, siéntate con Tomás.

Puse mi cartera debajo de la mesa y me senté en la silla libre.

—Tomás —pensé—. Uno de mis amigos de Hannover también se llama Tomás.

De repente, me pareció que no era tan mala la nueva clase.

Después, Tomás me llevó al patio de la escuela y me enseñó todo lo demás. Tomás me cae bien. Él me llama Pudding. Los otros también. Es un apodo gracioso. Me parece que lo pasaré bien en Hamburgo.



Irina Korschunow

Yo también quiero ir a la piscina

Me llamo Susana y vivo en una ciudad grande. Hace un año que Sabina y yo hemos empezado a ir a la escuela. Sabina es mi amiga. Vivimos en la misma casa. En la escuela nos sentábamos juntas. Ahora no voy a la escuela. Estoy en el hospital, porque me ha atropellado un coche.

En realidad no puedo comprender cómo me ha sucedido. Nosotras éramos muy precavidas y hemos mirado siempre al cruzar. —Con disco rojo te detienes, con disco verde pasar puedes—. Este verso me lo enseñó mi madre hace tiempo. Sabina y yo lo hemos recitado en voz alta cada vez que estábamos ante un semáforo. Siempre hemos salido de casa con tiempo suficiente, porque queríamos mirar los escaparates. Nos habíamos imaginado un juego, que era de la siguiente forma:

Cada escaparate era de una de nosotras dos y las cosas que estaban dentro nos las vendíamos. Sabina tenía el escaparate de la tienda de cosas para el hogar, de la de zapatos y de la papelería. Yo tenía la librería, la droguería y la tienda de ropa. A veces, con el juego, nos olvidábamos de que íbamos a la escuela y entonces teníamos que correr. Pero nunca hemos cruzado la calle con el disco en rojo.

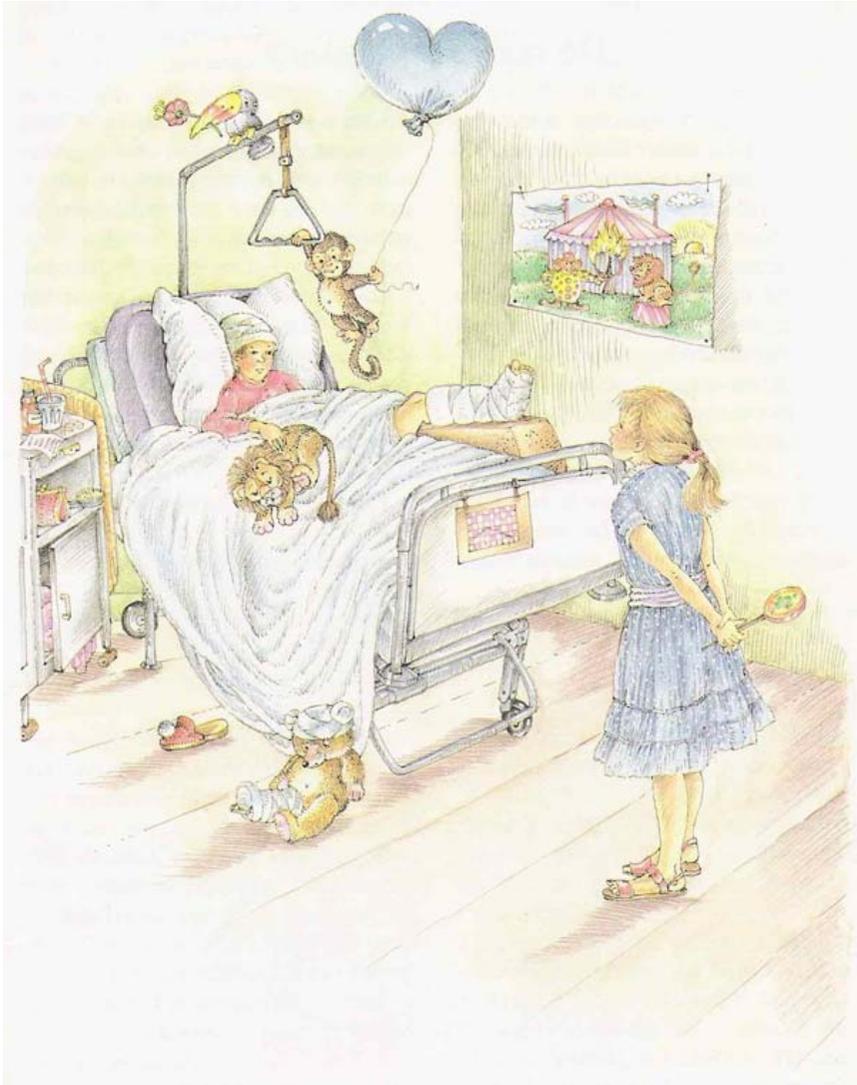
La semana en que sucedió el accidente, teníamos mucha prisa. Por suerte el disco del primer cruce estaba en verde y también en el segundo. Solo teníamos que cruzar la calle por el paso de peatones.

—Las ocho menos cinco —dijo Sabina—, creo que aún llegamos a tiempo, vamos, corre. —Y corríamos a paso gimnástico. Yo tropecé con una señora. Ésta dejó caer su bolso y empezó a regañarnos. Pero yo no podía detenerme.

No se veía ningún coche cerca del paso de peatones. Al otro lado está la escuela. Yo pensaba en nuestro maestro, el señor Herrmann, que suele enfadarse cuando alguno llega tarde. Quería llegar a tiempo y corrí mientras cruzaba el paso de peatones. Ya no sé más. Vi algo negro y sentí un empujón. Luego he despertado en el hospital. Tenía las piernas escayoladas, las caderas también y me duele todo.

Llevo ya tres meses aquí. Sabina viene a verme a menudo. Me cuenta cosas de la escuela y de lo que hace después. Es verano y ella va con frecuencia a la piscina.

Siempre me pongo triste cuando Sabina me cuenta que estuvo allí. A mí también me gustaría mucho ir a nadar.



Irina Korschunow

No quiero ser vigilante

Me llamo Juan Carlos. Soy el más pequeño de la clase. Todos los demás son mayores y más fuertes. El más fuerte es Götz Landau. A ese le tengo rabia porque piensa que tengo que achantarme siempre ante él. Constantemente me pone la zancadilla y me empuja. Hasta me ha quitado mi nueva goma de borrar.

—Cállate pequeñajo —me dice cuando me quiero defender—, cierra el pico o si no recibirás una bofetada. —¡Si yo pudiera darle una a él! Hace mucho tiempo que lo estoy deseando. Por eso me he presentado cuando el señor Wolf, nuestro maestro, ha pedido un vigilante. El Sr. Wolf entró en clase por la mañana y dijo: —Tengo que dejaros solos un rato, y para que no pase nada malo, uno de vosotros tiene que responsabilizarse como vigilante. ¿Quién quiere hacerlo?

Uwe Bank y Anke Hobe levantaron la mano al mismo tiempo. Yo también. —Vigilante —pensé—. Fenómeno, así podría pararle los pies al fanfarrón, pero seguro que no me elige a mí.

Pero el señor Wolf me eligió. —Juan Carlos, tú —dijo.

Yo me levanté y me coloqué junto a él.

—Bueno, Juan Carlos es mi representante —dijo—, tenéis que obedecerle, ¿habéis comprendido?



Los demás asintieron. El señor Wolf es bastante severo y nadie le contradice. Y ahora había dicho que tenían que obedecerme. Götz Landau se iba a enterar. Pero el señor Wolf añadió algo más.

—Si alguno habla, Juan Carlos —dijo— escribe su nombre en la pizarra, ¿de acuerdo?

¿Escribir su nombre en la pizarra? Pensé que no le había oído bien. Eso era delatar. Nunca he delatado a nadie, ni siquiera al vulgar Götz Landau. Me parece que delatar es algo vergonzoso.

—Portaos bien —dijo el señor Wolf—, se dio la vuelta y se dirigió a la puerta. En ese mismo momento corrí tras él y le dije: —Señor Wolf, no quiero ser vigilante.

El señor Wolf me miró extrañado.

—No sabes lo que quieres, eh —gruñó. Y así, Anke Hobe fue el vigilante.

Me he enfadado un poco. Habría escrito con gusto el nombre de Götz Landau en la pizarra. Hubiera podido vengarme una vez. Ahora tengo que esperar, hasta que crezca un poco.

Mi padre dice que eso sucede de golpe, que a él le pasó igual. Yo espero que sea pronto.

Irina Korschunow
Gökan tiene valor

Me llamo Miguel. En nuestra ciudad trabajan muchos turcos. Sus hijos van con nosotros a la escuela. También en mi clase hay turcos, doce en total. Uno de ellos se llama Gökan, y me gustó desde el principio. Me hubiera gustado hablar con él de Turquía y de cómo son las cosas allí. Pero Federico Bachmann nos había dicho que no teníamos que hablar con los turcos, y nosotros hacíamos lo que Federico Bachmann decía.

Federico Bachmann ha mandado una temporada en nuestra clase. Era el mejor jugador de fútbol y el que corría más rápido. También era un bocazas, y cuando luchaba con alguien ganaba siempre. Todos le teníamos miedo. Sólo por eso no he hablado con Gökan.

En realidad yo no podía aguantar a Federico Bachmann. ¡La forma en que maltrataba a Helmut Runge! Le ponía la zancadilla, le quitaba la silla, le escondía la cartera, y todos los días una nueva faena. Helmut Runge es pequeño, débil y sin músculos. Además siempre está enfermo. Fastidiar a alguien como él me parece ruin. Pero ahora se acabó. Por fin ha recibido Federico Bachmann su merecido, de lo cual me alegro. El jueves pasado Federico trajo unos petardos a la escuela. Nuestro maestro estaba enfermo. El señor Klotz era quien le representaba, y no admite bromas.

—Deja los petardos, —le dijimos a Federico.

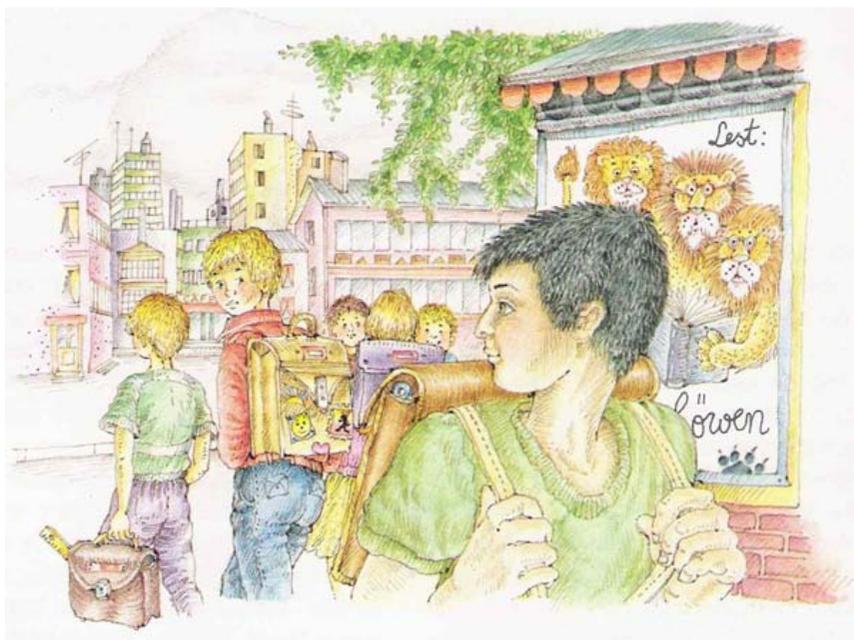
Sin embargo, cuando el señor Klotz estaba en la pizarra, Federico tiró algunos.

—¿Quién ha sido? —rugió el señor Klotz—. Nadie contestó y el señor Klotz dijo: —Está bien, esta tarde podéis ejercitaros en la escritura. Para mañana tenéis que copiar la historia que acabamos de leer.

En la calle había nieve en condiciones inmejorables para usar el trineo. Y nosotros teníamos que copiar aquella estúpida historia.

Miramos a Federico Bachmann esperando y nos alegramos cuando le vimos levantar el dedo. Pero, él dijo:

—Ha sido Helmut Runge.



—No está bien de la cabeza —pensé, y estaba seguro de que los demás creían lo mismo—. Helmut Runge empezó a llorar, y en el mismo momento gritó Gökan, el turco: —No es cierto, no ha sido Runge sino el mismo Bachmann.

Nos quedamos mirándole maravillados. ¡Qué valiente! Federico Bachmann fue castigado con un enorme trabajo. Al acabar la clase se lanzó sobre Gökan. Yo y un par de chicos más le sujetamos y se lo impedimos y ahora tiene que aguantarse, el cobarde. Yo no quiero tener nada que ver con él. Pero con Gökan quiero hablar pronto y de muchas cosas.

Mirjam Pressler
El patio extraño

Estefanía está sentada en el suelo. Con la espalda se apoya en la pared de la casa y observa el patio. Es bastante grande y muy sombreado. Sólo en determinadas partes hay extensas franjas de luz que el sol proyecta sobre el suelo. Los pisos superiores de la casa de enfrente están bañados por el sol. Cuatro bloques configuran el patio. En el centro hay un espacio verde en el que se levantan cinco árboles raquíuticos.

Allí, de donde yo vengo, donde ésta mi casa, los árboles son más grandes y más verdes, piensa Estefanía. Y también la hierba es auténtica, no medio seca como la de aquí. Para Estefanía la hierba tiene que ser verde y no marrón, gris y verde. El prado igual. Y en el prado deben crecer margaritas, diente de león y hasta primulas de vez en cuando.

Muchos prados están cercados y en ellos pastan las vacas. Estefanía se rasca las rodillas y se mete el dedo en la nariz. En la vivienda que hay encima suyo se oye la música de una radio. En otra casa alguien grita enojado. Por la calle pasan autobuses, coches y motos. Estefanía los puede oír desde el patio.

—Allí donde está mi hogar, todo está también más tranquilo —piensa—. A veces se puede oír cuando Stieglmeir pasa con el tractor, o cuando Ana María llama a su Otto, o las campanas de la iglesia repican, o los pájaros o los cerdos cuando tienen hambre.